

Trabajo y dignidad humana: un impulso ético-teológico del Papa Francisco

Emilce Cuda*

Resumen:

El trabajo es uno de los temas centrales en el discurso del Papa Francisco. Se presentan los fundamentos mínimos que justifican ese discurso como teológico, con la intención de despejar dudas que ponen en cuestión una pastoral con esas características. La dignidad del hombre trabajador es uno de ellos. El argumento se construye a partir de las Sagradas Escrituras, en concordancia con el magisterio episcopal latinoamericano y el magisterio pontificio, estableciendo un diálogo con la estética, la sociología y la ciencia política. Las afirmaciones del actual Papa argentino requieren una breve descripción de las condiciones del trabajo, y de la organización de los trabajadores, en su país y su continente, América Latina, para que su palabra pueda entenderse de manera situada. A tal efecto se presenta el modelo de las organizaciones de los trabajadores en ese contexto, empleados y desempleados, es decir el sindicalismo y los movimientos populares, respectivamente. Se trabaja con documentos magisteriales como *Aparecida*, *Evangelii Gaudium* y *Laudato si'*, y con discursos pontificios. Se describe la tensión entre Estado y sindicalismo en la región, y el surgimiento de los movimientos populares impulsados por el Papa Francisco ante la crisis de representatividad de los partidos políticos como nueva vía para garantizar los derechos de los trabajadores.

Palabras clave: Francisco - Trabajo - Sindicalismo - Movimientos Populares - Dignidad.

* Doctora en Teología, Pontificia Universidad Católica Argentina (Doble titulación, pontificia y civil) - Profesora en Teología y Filosofía, misma universidad. - Master in Business Administration, UCES (Univ. de Ciencias Sociales y Empresariales de Buenos Aires) - Estudio Filosofía en la Universidad de Buenos Aires - Estudio Ciencia Política



Work and human dignity: an ethical-theological impulse of Pope Francis

Summary:

Work is one of the central themes in the speech of Pope Francis. It presents the minimal foundations that justify this discourse as theological, with the intention of clearing doubts that put in question a pastoral with these characteristics. The dignity of the working man is one of them. The argument is constructed from the Sacred Scriptures, in agreement with the episcopal magisterium Latin American and pontifical, establishing a dialogue with aesthetics, sociology and political science. The statements of the current Argentine pope require a brief description of the conditions of work, and of the organization of the workers, in their country and their continent, Latin America, so that his word can be understood in a localized way. To this end, the model of workers' organizations in this context, employed and unemployed, ie trade unionism and popular movements, respectively, is presented. It works with magisterial documents like *Aparecida*, *Evangelii Gaudium* and *Laudato si'*, and with papal speeches. The tension between state and trade unionism in the region is described, as well as the emergence of the popular movements promoted by Pope Francis before the crisis of representation of the political parties as a new way to guarantee the rights of the workers.

Key words: Francis - Work - Trade Union - Popular Movements -Dignity.

en la Universidad de Northwestern, Chicago, USA. Experta en Teología Moral Social, especializada en el área de política, trabajo y sociedad. Teología y Política, Filosofía Política, Teoría Política, Movimientos Sociales, Organizaciones sociales de trabajadores y sindicalismo. Actualmente es Profesora Investigadora Titular en la Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional Arturo Jauretche, Pontificia Universidad Católica Argentina. Correo electrónico: emilsecuda@gmail.com



INTRODUCCIÓN

Para algunos existe la duda sobre la pertinencia de un discurso teológico sobre las condiciones de trabajo de las personas. Si la teología no pudiese fundamentar su pertinencia en ese debate, entonces el discurso de un teólogo al respecto sería sociológico. Sin embargo la teología puede fundamentar con suficiencia su pertinencia en ese campo. La teología, en el campo de una economía de la salvación, se ocupa de la creación, es decir de la obra de Dios, que es el mundo y el ser humano. En consecuencia es lícito que se ocupe de las causas que originan un modelo cultural que, luego de ser sacralizadas, legitiman un sistema social injusto o cultura de la muerte, como la llaman los obispos latinoamericanos, o cultura del descarte en palabras del mismo Papa Francisco. En la teología, a diferencia de la filosofía o la política, los principios son revelados de una vez y para siempre. A partir de esos principios de fe cada generación reflexiona, en su contexto, si las condiciones culturales son suficientes para que todas las personas creadas por Dios vivan de acuerdo a su dignidad de libres e iguales, lo que les confiere el ser hijos de Dios a partir de la salvación conseguida para todos por Cristo con su muerte y resurrección. Esa reflexión teológica también es la de un pueblo pobre —*ochlos*/pobre— (de *ochlos* en griego, que significa plebe, gente sencilla), que a partir de la confrontación social (antagonismo) deviene en sujeto —*laos*/sujeto— (de *laos* que significa pueblo elegido, pueblo unido y reunido en asamblea) de la historia consciente de serlo, y se constituye por ese acto de consciencia en Iglesia, Pueblo de Dios, no como momento político del conflicto sino como asamblea permanente que camina



en la historia defendiendo el origen divino del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, con una dignidad conseguida por Jesús el Cristo quien con su muerte y resurrección venció al enemigo y consiguió para todos la victoria. Ese principio revelado es el fundamento desde el cual la teología cristiana mira, juzga y actúa en el mundo, en diálogo con las religiones, la ética, la economía, las ciencias duras y la política, para que el pueblo-pobre-trabajador tenga vida, y la tenga en abundancia¹, como dice el *Documento de Aparecida* de los obispos latinoamericanos en el 2007. A partir de este argumento es que presentaré el problema del trabajo.

1. EL TRABAJADOR DIGNO

Hablar del problema del trabajo, o de la Cuestión Obrera, como aparece en la primera encíclica social *Rerum Novarum* de León XIII en 1891², supone conocer al trabajador situado, para no caer en el error de hablar del trabajador en abstracto. Conocerlo supone describirlo, uno por uno, en cada contexto. Si no se toma en cuenta esto no tendrá sentido hablar del bien común tampoco, porque no se sabrá a qué se está haciendo referencia. Lo mismo ocurre cuando se habla de dignidad humana, ya que pocos pueden mantener un argumento sólido explicando qué significa eso. Cuando lo pueden hacer nos encontramos con definiciones diferentes y a veces opuestas, aun dentro del catolicismo, e incluso del catolicismo auto-comprendido como progresista. Sin la más mínima intención de dar una definición dogmática y acabada sobre el problema del trabajo intentaré —en este punto del presente artículo—, solamente traer a la mesa de debate algunos casos históricos por demás citados a lo largo de los últimos años. Sin desconocer que nuestro problema del trabajo refiere a un trabajador que es argentino y latinoamericano, a modo de ejemplo citaré autores clásicos que han hecho esa tarea en otros contextos históricos y geopolíticos.

Siempre hubo y habrá trabajadores. Dice el libro del Génesis: “Trabajarás con el sudor de tu frente” (*Gn* 3:19). Sin embargo las

¹ Cf. CELAM, *Documento de Aparecida*, Aparecida 2007, Introducción.

² Cf. CUDÁ, E., *La democracia en el Magisterio Pontificio*, Agape, Buenos Aires 2014, Parte II.

condiciones no son las mismas a lo largo de la historia. Los saltos cualitativos acontecidos por los cambios tecnológicos en los modos de producción, generan transformaciones en la economía, la política, las religiones, el arte, la cultura en general y también en el discurso de la ética teológica y la doctrina social de la Iglesia. Antes de la Revolución Industrial había trabajadores, pero los saltos tecnológicos han hecho que estos devengan obreros, y las transformaciones en los modos de acumulación del capital —ahora financiero— los han convertido en desempleados y hasta deshechos del sistema —como señala el Papa Francisco. Un trabajador, aun en la modernidad, pero anterior al modo de producción industrial, era pobre pero sus condiciones de vida eran dignas. Luego del surgimiento del modelo fábrica, su modo de vida se vuelve miserable.

Basta leer las novelas de Charles Dickens para poder sentir el horror al que fueron sometidas miles y miles de personas en la Inglaterra de la era victoriana, durante el siglo XIX. El lenguaje estético permite, mejor que ningún otro sentir, experimentar, lo que significó el cambio de vida para un trabajador rural o campesino que de un día para el otro lo pierde todo, casa, trabajo, tiempo libre, día del Señor y con todo ello también pierde su dignidad. El genio de Dickens genera la posibilidad para que en el tiempo esa experiencia sea posible aun hoy, para quienes no son trabajadores. El mismo, a los 12 años se convirtió en obrero, con jornadas laborales de diez horas en la Londres industrial, debido a que su padre había sido encarcelado por deudas. Esto explica por qué sus novelas son una denuncia de las condiciones de vida indigna de los sectores trabajadores. Su novela, *Oliver Twist*, es considerada su biografía. Nadie que la haya leído puede dejar de sentir escalofrío al pensar las condiciones en que viven los trabajadores y el maltrato al que son sometidos, no solo por el sistema sino también por sus propios padres devenidos ellos mismos engranajes y reproductores de la barbarie moderna industrial sin límites morales. La Teología del Pueblo enseña que, cuando el lenguaje de la palabra no alcanza hay que recurrir al lenguaje simbólico³, el de los pobres,

³ Cf. CUDÁ, E., *Para leer a Francisco: Teología, Ética y Política*, Ediciones Manantial, Buenos Aires 2016, Parte III.



para poder entender, sentir, lo que significa, para la dignidad de la creatura de Dios, el modo de producción industrial, el cual a lo largo de la modernidad ha tomado distintos nombres como capitalismo, neoliberalismo, libertarianismo, explotación, efecto cascada, progreso, sustentabilidad. El Papa Francisco lo denomina simplemente “sistema”, y algunos de sus críticos dicen no comprender de qué habla cuando habla de sistema. A esos les recomiendo, si es que no quieren tomarse un par de horas para visitar un barrio de trabajadores —o como los llaman en Estados Unidos, barrios dormitorio o barrios basura—, leer a Charles Dickens.

No obstante, el trabajo no es malo sino las condiciones a que los hombres son sometidos para trabajar. Hesíodo, en el año 700 a. C., escribe un poema de 828 versos llamado *Los trabajos y los días* para resaltar la dignidad del trabajo en contexto de crisis agraria de los pueblos griegos. Hesíodo destaca que no era el trabajo lo que denigraba a los hombres sino el ocio⁴. El trabajo no es malo, el trabajo humaniza, dignifica.

2. EL TRABAJADOR TEOLÓGICO

La noción de trabajo como garantía de dignidad humana está presente en el discurso del Papa Francisco. No es desacertado especular con la idea de que el contexto cultural argentino en el cual se formó el actual pontífice, sumado al discurso episcopal latinoamericano a favor de los más pobres y de la salvación *hic et nunc* (aquí y ahora), influyen en su pastoral, que en el caso de Francisco es una pastoral teológica, ya que las categorías teológicas de su discurso se reconstruyen *a posteriori* de la experiencia pero bajo la palabra de los evangelios y de acuerdo con la tradición teológica de la Iglesia Católica.

Finalmente Jesús, el hijo de Dios encarnado, era un trabajador. Acaso: “¿No es este el carpintero, el hijo de María?” (*Mc 6, 3*), se preguntaban en su tiempo. Sí, Jesús de Nazaret, el Cristo, era un traba-

⁴ Cf. HESÍODO, *Los trabajos y los días*, UNAM, México 2007, Libro II.

jador pobre, hijo de trabajadores, quien trabajó hasta los 30 años. Sin embargo, muchos cristianos hoy no admiten que una persona de origen humilde en una familia de trabajadores tenga voz pública y se organice en defensa de sus derechos; su condición de trabajador lo desacredita. En respuesta a esas dudas, intentaré presentar brevemente el argumento teológico que —en el discurso del Papa Francisco— justifica al trabajador como sujeto teológico, histórico y político que lucha por el reconocimiento de una vida buena para él y su familia.

Como el mismo Dios “se hizo pobre” (2 Co 8, 9), entonces, tal y como lo plantea el Papa en su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, el camino de la salvación está signado por los pobres. Además, ese camino fue abierto por el sí de una humilde muchacha en un pequeño pueblo perdido en la periferia de un gran imperio. El Salvador que el cristianismo profesa “nació en un pesebre, entre animales, como lo hacían los hijos de los más pobres; fue presentado en el Templo junto con dos pichones, la ofrenda de quienes no podían permitirse pagar un cordero (cf. Lc 2, 24; Lv 5, 7); creció en un hogar de sencillos trabajadores y trabajó con sus manos para ganarse el pan” (EG 197). Sin embargo “lo seguían multitudes de desposeídos porque había sido ‘enviado para anunciar el Evangelio a los pobres’ (Lc 4, 18) (EG 197). Pero quiénes eran los pobres: “los que estaban cargados de dolor, agobiados de pobreza”, dice el Papa, a ellos les dijo: “¡Felices vosotros, los pobres, porque el Reino de Dios os pertenece!” (Lc 6, 20), con ellos se identificó porque ‘tuve hambre y me disteis de comer’, y enseñó que la misericordia hacia ellos es la llave del cielo (cf. Mt 25, 35s)” (EG 197). Entonces, sin lugar a dudas, ocuparse de los pobres también es teológico, y los pobres siempre son trabajadores, aunque estén desocupados, porque para sobrevivir hasta el día siguiente no dependen de una renta.

La teología de Francisco critica el ascetismo religioso y exhorta a involucrarse en el mundo imitando a un hombre-pobre-trabajador, que comió y bebió con sus amigos, un hombre singular, el Hombre-Dios (Mt 11, 19). Cuando se rechaza una teología involucrada se asume una posición dualista —no cristiana— que desva-



loriza los cuerpos y facilita el trabajo en condiciones de explotación (EG 24). La teología de Francisco denuncia una cultura que mata (EG 53), y promueve una teología soteriológica (de *sotería*, salvación) que comienza aquí y ahora, porque la encarnación “santificó el trabajo y le otorgó un peculiar valor para nuestra maduración” (LS 18). Dios encarga a todos los hombres preservar lo creado y producir frutos, que es creación eterna y constante de los trabajadores como colaboradores de Dios (LS 124), y relación con lo otro de sí (LS 125). En el trabajo se ponen en juego muchas dimensiones de la vida: creatividad, futuro, capacidades, valores, comunicación con los demás:

Por eso, en la actual realidad social mundial, más allá de los intereses limitados de las empresas y de una cuestionable racionalidad económica, es necesario que ‘se siga buscando como prioridad el objetivo del acceso al trabajo por parte de todos (LS 126).

No se trata solo de salario, dice Francisco, sino también de educación, salud y todo aquello que permite al ser humano expresar su dignidad, pero es el salario justo el que permite el acceso a todos esos bienes en su destino común (EG 192). Para comprender mejor por qué el Papa considera que una vida digna para los trabajadores es posible aquí y ahora, invito a conocer las condiciones que pueden lograr cuando se organizaron sindical y políticamente, como en el caso de Argentina, contexto que dio origen a la Teología del Pueblo, una de las cuatro corrientes de la Teología de la Liberación presente en Francisco.

3. EL TRABAJADOR ARGENTINO Y LATINOAMERICANO

Por un lado están los trabajadores asalariados activos —principalmente de Brasil y Argentina—, que tienen mucho para contar: derecho a huelga, jornada laboral de ocho horas, indemnización por despido, seguro por discapacidad, vacaciones pagadas, salario mínimo y móvil, cobertura de salud para ellos y su familia, horas de refrigerio diario, horas de descanso semanal, feriados pagos (festivos remunerados), jubilación a los 60 y 65 años para la mujer y el

hombre respectivamente, centros deportivos y complejos vacacionales familiares, condiciones dignas en el medio ambiente de trabajo, educación pública primaria, secundaria y universitaria libre y gratuita para ellos y sus hijos —y en consecuencia títulos de grado y posgrado profesionales habilitantes dentro y fuera de sus países—, tres meses de licencia por maternidad, días por duelo y por estudio pagos, jardines maternos a partir de los 45 días de edad, seguro de vida y de sepelio, fondos previsionales para primera vivienda, aguinaldo (pagas extras), derecho universal a voto y derecho a formar sus propios partidos políticos.

Pero por otro lado están los trabajadores desocupados que no tienen nada para contar —del resto de los países de América Latina y El Caribe, y también ahora de Brasil y Argentina—. Esos que no tienen trabajo digno, ni guardería maternal, ni escuela, ni universidad para sus hijos. Esos que no tienen cobertura de salud, que no tienen ni la vida, ni la muerte asegurada. Esos que no tienen ni vacaciones, ni días libres, ni feriados (días festivos), ni días de estudio ni de duelo. Esos que no tienen casa, ni primera, ni segunda. Esos que no tienen deuda porque no tienen crédito. Esos que no tienen ni deporte, ni jubilación. Esos que solo cuentan una larga y acreditable tradición familiar de pobreza porque son hijos, nietos y bisnietos de trabajadores desocupados; lo que se dice una no-clase sin fisura porque la buena vida no pudo filtrarse. A los primeros trabajadores descritos en el párrafo anterior los griegos los llamaban *demos* (pueblo) por ser la parte del pueblo incluida que tiene derechos políticos ya que tienen algo para contar; a los segundos descritos en este párrafo los llamaban *ochlos*, la parte excluida de todo derecho, político y social, justamente porque no tiene nada para contar.

El Papa Francisco, como argentino, sabe lo que pueden lograr los trabajadores si se organizan sindicalmente, y si sus representantes no son corrompidos por el enemigo: el dios dinero. Pero también sabe que en los países donde el sindicalismo no existe, o en momentos donde el trabajo tiende a desaparecer, son los Movimientos Populares los que cumplen esa función. Ahora, los derechos políticos y sociales no son naturales sino culturales. Todo derecho social tiene su origen en una lucha por el reconocimiento



de una necesidad por parte del Estado. Todo derecho social adquirido es el resultado exitoso de una necesidad manifestada públicamente como demanda por los trabajadores organizados. Cada derecho de los trabajadores es una conquista. Sin embargo, después de unas generaciones, las conquistas que se originaron en una lucha se naturalizan, sin que los años dejen ver la lucha y el brillo que les dio origen. Tanto se naturalizaron las condiciones de vida dignas para un sector de los trabajadores —conseguida gracias a sus organizaciones sindicales y a sus agrupaciones políticas durante el siglo XX, que hoy esos mismos trabajadores piensan que trabajador es el otro. Cuando los trabajadores ya tienen algo para contar piensan que no necesitan organizarse. Incluso, los Movimiento Populares son percibidos por ellos mismos como instituciones amenazadoras que, con un relato del pasado por la vida buena, quieren impedir la *parusía* (del griego *parousía* que significa presencia y se aplicó a venida, aparición) consumista de la buena vida, que “ya está pero todavía no”.

Resulta que los trabajadores, como broche de oro, y a modo de defensa de su interés –y no ya de sus necesidades–, interés que consiste en mantener un status social absolutamente débil como lo es la estabilidad económica y social de un trabajador en actividad –aunque este sea un profesional con título universitario–, eligen democráticamente como representante al enemigo social, un rentista, quien finalmente los traiciona eliminando con Decretos de Necesidad y Urgencia (conocidos como DNU, son normas que fija el Gobierno para momentos excepcionales cuya vigencia debe resolver el congreso) sus derechos sociales conquistados.

4. EL TRABAJADOR PONTIFICIO

Cuando el discurso sobre el trabajo parecía cosa del pasado siglo XX, un hombre vuelve a instalarlo en el siglo XXI. Ese hombre es el Pontífice romano, cuya palabra es incuestionablemente *auctoritas* global, es decir autoridad moral dentro y fuera del catolicismo, pero siempre del lado del pueblo-pobre-trabajador. Que su discurso representa a millones de personas trabajadoras en el mundo interpela a la revista *Time* a reconocerlo entre las cien per-

sonas más influyentes del mundo. También Marx en el *Manifiesto* reconoció la influencia social y política de un Pontífice, lo que no pudo imaginar que ahora un papa estaría del lado de los trabajadores y no aliado en su contra. Ciertamente muchas de las categorías usadas por el Papa Francisco tienen su origen en la cultura popular trabajadora argentina, por ejemplo la noción de que el “trabajo dignifica” —la cual es acuñada con un significado diferente al que tenía cuando se la usaba a la entrada de los campos de concentración en la Alemania de la Segunda Guerra Mundial. Ese otro significado, y esa conciencia de dignidad que tienen los trabajadores en Argentina, es una señal visible de lo que hizo entre ellos el sindicalismo y el partido político popular por ellos impulsado, pero también de la influencia de católicos comprometidos con el movimiento de los trabajadores organizados. Sin ir más lejos, la lista de derechos enumerada anteriormente no es otra cosa que una muestra de conquistas sociales alcanzadas en el siglo XX en Argentina y Brasil. Algo que parece una utopía para trabajadores de otros países, incluso del mismo continente, donde ni siquiera tienen regulado su salario mínimo, invitó a los lectores a revisar al menos un Convenio Colectivo de Trabajo⁵.

Puede objetarse que en países de condiciones industriales avanzadas, con larga tradición de gobiernos democráticos ininterrumpidos como Estados Unidos, los salarios justos son suficientes para garantizar condiciones de vida digna sin necesidad de mediación sindical. Sin embargo, también en ese caso se naturaliza una situación que se consiguió por luchas sociales de los trabajadores. Durante el siglo XIX la mano de obra barata y calificada era proporcionada por los migrantes irlandeses en condiciones de esclavitud, sin derechos civiles ni sociales, ya que la condición de ciudadanos se les negaba bajo la excusa de doble obediencia por ser estos católicos. Organizados por los Obispos jesuitas de origen irlandés, lograron el derecho a la organización laboral y política y con ello el voto universal que hace de la primera república moderna

⁵ Cf. FATERYH, “Convenio Colectivo de Trabajo”: <http://www.suterh.org.ar/pagina/convenio-colectivo-trabajo-37804> [23/04/2017].



una democracia. Esos trabajadores, que un siglo atrás fundaron el Partido Demócrata y lograron poner un presidente católico en la década de los años 60 gracias a la creación de universidades para sus hijos, hoy se manifiestan en contra de políticas públicas asistenciales y votan candidatos de derecha⁶.

Una tradición de lucha política en Argentina hace que, ante la desocupación, los trabajadores no migren sino que se organicen para garantizar el trabajo como reconocimiento efectivo de su dignidad y en esto tuvo mucho que ver el catolicismo, mediante la JOC (Juventud Obrera Cristiana) y el MSTM (Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo). Ahora, todo lo que un día comienza puede desaparecer. Esa es la diferencia filosófica entre lo contingente y lo necesario. Los derechos sociales y políticos son contingentes. Brasil es un ejemplo porque allí un gobierno popular electo, como el de Dilma Rousseff, fue deslegitimado, sometido a juicio político y destituido. Los representantes del pueblo en el Congreso, con argumentos legales suficientes, colocan en su lugar al vicepresidente Michel Temer quien comienza a perder legitimidad al impulsar reformas políticas, previsionales, laborales, sindicales y tributarias en contra de los trabajadores a los que su partido representaba. El debate por las reformas comienza en 18 de abril de 2017 mientras los trabajadores se manifestaban en su contra, deslegitimizando la modalidad de destitución y asunción conocida como golpe de Estado blando o jurídico.

El diálogo social, en el Estado de Derecho, es la ley como reconocimiento efectivo de una necesidad. El sindicalismo surge en el siglo XIX como modo de organización política de los trabajadores ante la concentración del capital. El modelo sindical brasilero y argentino en el siglo XX es el sindicato único, organizados a nivel nacional por rama de actividad, y no por empresa local donde cada boca es un sindicato. Su organización obliga a la patronal a organizarse bajo la forma de cámaras. Ambas partes se sientan a negociar con el aval del Estado. Ese proceso de comunicación recibe el nom-

⁶ Cf. CUDÁ, E., *Catolicismo y Democracia en Estados Unidos*, Agape, Buenos Aires 2010.

bre de diálogo tripartito que cierra en un acuerdo que procede de ambos y se denomina CCT (Convenio Colectivo de Trabajo). Sin la mediación del Estado bajo la forma de un Código de Derecho Laboral que reconozca el CCT no hay diálogo real y efectivo en las relaciones de trabajo; es muy difícil que las demandas de los trabajadores por sus necesidades sean reconocidas por la patronal como un derecho sin la mediación del Estado.

Brasil, por ejemplo, cuenta con seis Centrales de Trabajadores reconocidas legalmente por el Estado. Cada central agrupa federaciones y cada federación miles de sindicatos. La sala común de reuniones de las centrales está entre el Ministerio de Trabajo y el Poder Legislativo. Allí se reunieron los dirigentes sindicales de distintos países latinoamericanos el mismo día que se debatían las reformas impulsadas por el gobierno de Temer contra los derechos de los trabajadores. Los dirigentes sindicales las consideraron una “amenaza de muerte a la organización de los trabajadores”, según expresó el presidente de Nova Central. Algo similar está ocurriendo en Argentina bajo el gobierno de Mauricio Macri quien, sin ser un candidato popular, sube con el apoyo del presidente de una de las centrales de trabajadores, la CGT, y con una minoría parlamentaria puede tomar medidas contrarias a las necesidades de los trabajadores sin resistencia, ni en el Congreso, ni en una parte de los sindicatos.

Dos ejemplos donde el diálogo social fracasa. Cuando Francisco, en su discurso ante las autoridades de la Unión Europea el 24 de marzo de 2017, dice que el diálogo es la forma de encuentro para garantizar la dignidad de su trabajo, condiciones de vida adecuadas, acceso a la enseñanza y a los necesarios cuidados médicos, habría que aclarar que en el campo de lo social el diálogo asume la forma de ley si se trata partes antagónicas, ya que no hay paz allí donde falta el trabajo o la expectativa de un salario digno. Ese mismo día —aniversario del golpe de Estado cívico-militar en Argentina—, el Papa pone el acento en la memoria como acto de discernimiento que hace presente el pasado y posibilita un futuro. Una dictadura, precisamente es lo contrario del diálogo, porque suspende la política como espacio de encuentro entre capital y trabajo e instala en



su lugar la violencia. Francisco, como argentino, sabe que sin esa estructura en la conciencia de los pueblos «la realidad pierde su unidad». Lo que defiende el Papa no es un conjunto de derechos, sino la dignidad de la vida humana.

5. EL TRABAJADOR EN LA CULTURA DE LA MUERTE

La idea de crisis de las instituciones esconde la necesidad de una nueva hermenéutica —así lo expresa Francisco en su discurso ante la Unión Europea ya mencionado—, por lo cual el tiempo de crisis no es para temer sino para discernir. Las instituciones políticas tradicionales —como se vio con los ejemplos de Brasil y Argentina—, pierden credibilidad cuando no pueden generar la unión en la diferencia. En su lugar emergen nuevos estilos democráticos, algunos demagógicos que apelan al miedo a la diferencia para ganar consenso general en defensa de intereses particulares y no de necesidades colectivas. Sin embargo, la fórmula trinitaria de unión en la diferencia, conocida como fórmula calcedónica, es el fundamento de una cultura de la vida según la Teología Latinoamericana de Liberación expresada en el *Documento de Aparecida*⁷, y la clave hermenéutica para la constitución de nuevas identidades populares.

Ante el fracaso de los estilos políticos democráticos representativos del siglo XX, la parte trabajadora del pueblo promovió durante la primera parte del siglo XXI como alternativa una democracia participativa, a la que la oposición denominó peyorativamente populismo. Ciertamente no es una nueva forma de gobierno, ya que emerge en el mismo marco constitucional y con los mismos mecanismos democráticos de legalización. En todo caso, fue un modo de acceder al gobierno articulando discursivamente demandas insatisfechas en torno a un significante vacío que pudo representar la totalidad inconexa de reclamos (exigencias) pero no pudo frenar la corrupción institucional. Cuando articuló intereses individuales de los de arriba se llamó populismo de derecha, cuando articuló

⁷ Cf. CUDÁ, E., *Para leer a Francisco*, op. cit., Parte IV.

necesidades colectivas de los de abajo, populismo de izquierda. Sin embargo, ni siquiera los populismos de izquierda pudieron impedir que la corrupción infecte los poderes republicanos y los sindicatos, donde los representantes y delegados del pueblo terminan votando en contra de sus representados. Esto genera una incertidumbre social donde nadie sabe quién gobierna o legisla mañana, independientemente del partido, movimiento o agrupación que lo haya puesto en el cargo.

En ese contexto político mundial, la cultura del trabajo es una tarea teológica porque, según Francisco, la cultura del relativismo legitima la explotación (LS 123) y la perpetua con la idea de autorregulación del mercado, y “si no hay verdades objetivas ni principios sólidos, fuera de la satisfacción de los propios proyectos y de las necesidades inmediatas, ¿qué límites pueden tener la trata de seres humanos?”, y agrega

no podemos pensar que los proyectos políticos o la fuerza de la ley serán suficientes (...) cuando es la cultura la que se corrompe y ya no se reconoce alguna verdad objetiva (...), las leyes sólo se entenderán como imposiciones arbitrarias y como obstáculos a evitar (LS 123).

El estado de abandono y olvido que sufren muchos trabajadores privados de los recursos necesarios, siendo “reducidos a situaciones de esclavitud, sin derechos ni expectativas de una vida más digna” (LS 154) es pecado. Porque “una libertad económica sólo declamada (...) donde se deteriora el acceso al trabajo, se convierte en un discurso contradictorio que deshonra a la política (...) la creación de puestos de trabajo es parte ineludible de su servicio al bien común” (LS 129).

Según Francisco, “así como el mandamiento de ‘no matar’ pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir ‘no a una economía de la exclusión y la inequidad’. Esa economía mata” (EG 53). El Papa latinoamericano pone en evidencia que:



ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está afuera. Los excluidos no son ‘explotados’ sino desechos, ‘sobrantes’ (EG 53).

6. EL TRABAJADOR DESEMPLEADO

De acuerdo a los fundamentos teológicos presentados, el trabajo y el bien común “son cuestiones que deberían estructurar toda política económica, pero a veces parecen sólo apéndices agregados desde fuera para completar un discurso político sin perspectivas ni programas de verdadero desarrollo integral” (EG 203). Pero tampoco, según Francisco “podemos confiar en las fuerzas ciegas y en la mano invisible del mercado” (EG 204), porque aun siendo “la política, tan denigrada, es una altísima vocación” (EG 205). Ante un escenario de crisis de representatividad, el Papa impulsa la organización de Movimientos Populares quienes, según mi modo de ver, siguiendo la lógica de la articulación discursiva de los denominados populismos de izquierda-, han articulado sus demandas por necesidad bajo el significante Tierra, Techo y Trabajo para Todos.

En su discurso⁸, pronunciado durante el III Encuentro de los Movimientos Populares en Roma en noviembre de 2016, Francisco señala que el cambio estructural consiste en un proceso de encañamiento creativo de las acciones de los Movimientos Populares. Pero esas acciones, según el Papa, “tienen que ser fruto de un discernimiento colectivo que madure en los territorios junto a los hermanos, un discernimiento que se convierte en acción transformadora”. No está hablando de una inteligencia partidaria que instituye la conciencia de una clase trabajadora, sino de cada pueblo trabajador, ahora desocupado, constituyéndose como movimiento por fuera de una mediación que, infectada de corrupción, ya no puede representar sus demandas. Dicho de otro modo, apela a la constitución de identidades populares que sean al mismo tiempo locales y universa-

⁸ Cf. www.movimientospopulares.org

les –locales por situadas y universales por el carácter último de sus necesidades: la vida misma–, actuando como núcleos de resistencia frente a las estrategias colonialistas. No hay que temer a la unión en la diferencia, dice Francisco, sino a la uniformidad que significa el control global del dinero como “verdadero terrorismo de base” del que se alimentan todos los demás. No teman, dice Francisco, a la articulación discursiva de las demandas populares colectivas por necesidades. Esto aparece en el discurso pontificio bajo la metáfora de construcción de puentes: “todos los muros caen (...) sigamos trabajando para construir puentes entre los pueblos”.

Si las instituciones políticas de los trabajadores han sido infectadas con la corrupción, el Papa impulsa en su lugar los Movimientos Populares para defender el trabajo como garantía de la vida dignidad entre los más pobres:

Cuántas manos atrofiadas, cuantas personas privadas de la dignidad del trabajo (...) cuando ustedes, los pobres organizados, se inventan su propio trabajo (...) están imitando a Jesús porque buscan sanar, aunque sea un poquito, aunque sea precariamente, esa atrofia del sistema socioeconómico imperante que es el desempleo⁹.

Los pueblos organizados en Movimiento Populares aparecen como alternativa al fracaso de la representación partidaria y sindical que se ha vendido al dios-dinero. Los Movimientos Populares son para el Papa ‘un proyecto-puente de los pueblos frente al proyecto-muro del dinero’ porque, según había expresado Francisco un año antes en su discurso del II Encuentro Mundial de los Movimientos Populares en Santa Cruz de la Sierra el 9 de julio de 2015,

el futuro de la humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes, las grandes potencias y las elites. Está fundamentalmente en manos de los pueblos, en su capacidad de organizarse y también en sus manos que riegan con humildad y convicción este proceso de cambio.

⁹ Ibídem.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. *Documento conclusivo de Aparecida*. CELAM, Bogotá 2007.

CUDA, E. *La democracia en el Magisterio Pontificio*. Agape, Buenos Aires 2014.

_____. *Para leer a Francisco: Teología, Ética y Política*. Ediciones Manantial, Buenos Aires 2016.

_____. *Catolicismo y Democracia en Estados Unidos*. Agape, Buenos Aires 2010.

HESIODO, *Los trabajos y los días*. UNAM, México 2007.

FATERYH, "Convenio Colectivo de Trabajo": <http://www.suterh.org.ar/pagina/convenio-colectivo-trabajo-37804> [23/04/2017]

Web site www.movimientospopulares.org